

# Neuroelocio de la lectura

José Gordon

*Que durante las estaciones de clima más sosegado  
aunque estemos alejados, tierra adentro  
tengan nuestras almas una visión de ese mar inmortal  
que nos trajo hasta aquí,  
puedan en un instante viajar allá,  
y ver a los niños jugar cerca de la orilla,  
y oír a las poderosas aguas correr eternamente.*  
William Wordsworth (traducción Gonzalo Torné)

El experimento es a la vez literario y científico. Un grupo de treinta personas lee obras clásicas de autores como William Shakespeare, William Wordsworth y T. S. Eliot. Al mismo tiempo se monitorea la actividad eléctrica de sus cerebros. Posteriormente, el grupo lee versiones modernizadas para facilitar la comprensión de esos textos. El resultado del escaneo cerebral muestra que las versiones originales disparan mayor actividad eléctrica. Explica Julie Henry, la corresponsal de educación del diario *Sunday Telegraph*:

“Los científicos pudieron estudiar la actividad cerebral a medida que los lectores respondían a cada palabra y registraron cómo se ‘encendía’ el cerebro cuando se encontraban con palabras inusuales, frases sorprendentes o estructuras de oraciones difíciles. El ‘encendido’ de la mente dura más que la chispa eléctrica inicial, eso hace que el cerebro cambie a un nivel superior. Ello aliena a seguir leyendo”.

Lo que se descubre tiene consistencia con lo que nos dice la teoría de la información respecto del equilibrio entre lo conocido (redundante) y lo desconocido (lo novedoso que cifra más elementos informativos). Si predomina lo que es completamente diferente no tenemos forma de digerirlo, pero por otro lado, si el contenido es completamente predecible, no atrapa nuestra atención, no nos reta.

El profesor de literatura Phillip Davis (Universidad de Liverpool) plantea en un trabajo titulado *El cerebro de Shakespeare* que creadores como el bardo inglés combinan lo ya conocido y usado en el habla (un sustantivo o un adjetivo, por ejemplo) para que se transformen entre sí o funcionen como verbos. Esto cambia la naturaleza gramatical con una mínima alteración de la forma. A este fenómeno lingüístico se le denomina cambio funcional. Un ejemplo de ello lo podemos encontrar en la tragedia *Otelo*. Dice Yago en la versión original en inglés: “*To lip a wanton in a secure coach / and to suposse her chaste!*”. En una versión modernizada se plantea así: “*To kiss a whore on a safe couch, and to suppose her to be chaste!*”. Podríamos traducirlo de la siguiente manera: “*Besar a una prostituta en un lecho seguro y suponer que es casta!*”.

Sin embargo, en la versión original, Shakespeare cambia el sustantivo *lip* (labio) a

verbo y el adjetivo *wanton* (disipada) a sustantivo. El cambio funcional del lenguaje de Shakespeare se podría traducir como “*labiar a la disipatriz...*”.

Phillip Davis se asombra ante la creatividad que se pone en juego: “*Pienso que el efecto frecuentemente es eléctrico, como un destello que aparece en la mente: se trata de una forma del habla comprimida de manera económica, como si viniera de una época en la cual el lenguaje se encontraba en su mayor fluidez dinámica y formativa; un tiempo en el que una palabra podía moverse rápidamente de un significado a otro, en concordancia con la capacidad relampagueante de Shakespeare para crear una metáfora!*”.

La poesía conserva esta capacidad y por ello un profesor de letras inglesas colaboró con científicos y le solicitó al profesor Niel Roberts, de la Universidad de Liverpool, que se hicieran resonancias magnéticas de los cerebros de los lectores para ver qué es lo que sucedía con una literatura que no se deja domesticar. Lo que se encontró fue un neuroelocio de la lectura. Dice el profesor Davis:

“*La literatura sería actúa como un amplificador del cerebro. Las investigaciones muestran el poder de la literatura para alterar los procesos mentales, para crear nuevas ideas, formas y conexiones tanto en los jóvenes como en los mayores!*”.

Los estudios realizados refuerzan la noción de que la buena literatura (me gusta más que el término *seria*) estimula las capacidades cognitivas y emocionales, reta al cerebro a crear nuevas redes. William James ya lo había advertido: “*La mente es un teatro de posibilidades simultáneas!*”. La poesía y el arte abren el telón. **U**

